

PRIMERA CRONICA

CUANDO vuelves a hacer crítica para TRIUNFO? —me ha preguntado el director, después de muchos meses de ausencia.

He fijado una condición, que me ha sido aceptada. No desearía ocuparme de esos estrenos que repiten una y otra vez la misma mueca. No quiero formar parte de la mojiganga.

—¿Es que todo el teatro español actual lo es? —cabe plantearse.

No; todo el teatro no lo es. Por eso uno está aquí, cultivando hasta donde es razonable los motivos de esperanza. Si no, mejor era dejarlo estar. No es cosa de vivir criticando, siempre con las mismas palabras, una serie de espectáculos generalmente sin interés. La crítica aplicada a ese teatro pierde toda dignidad. La infima categoría del objeto criticado la reduce a cotillería. A que el crítico se «cargue o no» a tal autor. A que el autor «se justifique o no» ante su pequeño círculo. A que el espectador, en lugar de ver en la crítica un esfuerzo de aclaración —naturalmente, discutible— quiera deducir de ella los sentimientos de «crueldad» o de «complicidad» del crítico.

Todo éste es un juego al que hay que escapar. Como decía un amigo mío: «no hay que formar parte de la farsa, ni siquiera como procesado».

Usted y yo, lector, tenemos el remedio. Podríamos muy bien decidir que ha pasado la época de tomarnos en serio el teatro. Podríamos archivar esta seriedad junto a otras muchas cosas que el paso del tiempo nos ha obligado a archivar. Diríamos: en la «práctica», el teatro es una cosa pequeña, a la que se acude de vez en cuando para matar dos horas, o para salir con unos amigos. Alguna vez, cuando alguien nos hablase con insistencia de que tal o cual obra era distinta y que en ella, con mejor o peor resultado, el autor nos proponía conflictos y contradicciones de nuestra realidad, iríamos sin remedio y la comentaríamos con nuestra docena de amigos.

De hecho, ésta es la actitud de una serie de personas inteligentes, que a lo mejor se pasan meses y meses sin ir al teatro.

Pero las circunstancias no son las mismas para cada uno. A estas alturas, es preciso que la opinión de esa serie de personas gravite sobre la realidad teatral y no teatral española; nuestra circunstancia es la de ayudar a vitalizar esa disconformidad, en lo que pueda tener de presión positiva. Hay que sacar a esas personas de su rincón. En otros lugares —y éste es un testimonio personal por el que volvería a hacer cuanto estuviese en mi mano—, el teatro es otra cosa. He visto muchos teatros llenos ante dramas importantes. He formado parte de públicos jóvenes y atentos. He oído, en el entreacto, comentar a unas mujeres —o unas señoras, no vaya a parecer que hablo de mujeres de la limpieza— las diferencias entre el último y el penúltimo «Hamlet» de Londres. He visto valientes dramas críticos en los teatros subvencionados. A Guinness en Ionesco. A la Thorndike pasando, con sus noventa años, de la comedia suave a la verdad de Chejov. Al público y a la crítica afrontando las semejanzas de «La ópera de cuatro perras», de Brecht, y «La ópera de los mendigos», de Gay, que se representaban en dos teatros muy próximos. He participado, en suma, de una vitalidad teatral que empieza en el actor más modesto y en el espectador menos preparado. He respirado ese respeto, ese ejercicio de la responsabilidad que, dándose en todos los aspectos de la relación social, alcanzaban su mayor evidencia en las representaciones dramáticas.

Cuando se vuelve a España encontramos una realidad bien distinta. Los públicos —dejando al margen el fenómeno de nuestros «estrenistas»— parecen aburridos. Hay, normalmente, pocas filas —salvo sábados y domingos— en los teatros. Las obras son, en general, bálsamos consoladores. Hay una pesadumbre rutinaria. Y, por ejemplo, puede uno escuchar lo que hablan los actores entre cajas —una primera actriz se angustiaba por no sé qué traje— o lo que dicen cuando baja el telón. (¡Dios quiera que la muchacha no haya perdido la llave de su casa!)

Frente a esta desangelación, descubrimos la contrapartida: la gente con rigor, que forma una minoría ejemplar. Yo no he conocido en Inglaterra, Francia e Italia a escritores tan íntegros como aquí. La adversidad los afila. Los destruye o perfecciona.

Por eso, querido lector, estamos tú y yo al pie de la brecha. Uno a cada lado de la máquina de escribir. Pero los dos unidos. Dispuestos a defender los esfuerzos de esa minoría teatral que no le da la gana morir.

Por eso he «vuelto», en alguna medida, a la «crítica».

J. M.

PATRONAZGO Y CONDECORACIONES

LA festividad de San Francisco Javier, patrono del turismo español, se ha conmemorado solemnemente, en el Ministerio de Información, con un acto en el que el ministro, señor Fraga Iribarne, impuso las condecoraciones —recientemente creadas— que premian los afanes y actividades, tanto de personas consagradas al fomento del turismo, como de entidades, corporaciones y establecimientos que con él tienen relación. Para los primeros fueron discernidas Medallas al Mérito Turístico, en las categorías de oro, plata y bronce. Para las segundas, han sido otorgadas placas de igual grado.

Tuvo singular interés el discurso del ministro, que precedió a la entrega de los galardones. En sus palabras diseñó, perfectamente, la trayectoria que, desde hace unos años, sigue la acción turística española, en ritmo progresivo. Testimonio satisfactorio de estas realidades ha sido el arribo a Madrid, hace unos días, de una viajera suiza que es el número diez millones de los turistas llegados este año. Se puede afirmar que la glosa del señor Fraga ha sido un completo, exhaustivo examen de la ruta de crecimiento, acreditativa de la preferencia, cada día más notoria para España. La «salida» se tomó con retraso, en relación con otros países que, con anticipación, acertaron a organizar su turismo receptivo, pero se ha llegado ya a una posición de vanguardia. En los últimos cinco años, esa progresión representa un 24 por ciento acumulativo. No cabe duda que este fenómeno es reflejo y consecuencia de un período de paz y de seguridad.

El turismo se puede considerar «pieza clave» de nuestro tiempo. Responde a características de tan acusada importancia como el aprovechamiento de los recursos naturales e históricos, transformados en espléndidas fuentes de riqueza. Es, a la vez, un positivo beneficio para las zonas menos productivas. Significa creación de puestos de trabajo. Decide el equilibrio de la balanza de pagos. Incrementa las inversiones. Todo ello se viene consiguiendo a pesar de las campañas de hostilidad, cuyo origen es precisamente la reacción ante el auge del turismo en nuestro país.

Sin embargo, no debe bastar con la satisfacción, ni con los beneficios que nos depara esa línea de constante crecimiento. Hace falta implantar nuevos sistemas. Especialmente, hay que fomentar el turismo indígena, de carácter social. En algunas naciones, como Italia por ejemplo, se siente esa preocupación. Las clases más modestas, como consecuencia de la evolución que se viene registrando, sienten el deseo de viajar y conocer ciudades. Así se incrementa, notablemente, la cultura popular. Es obligación inexcusable de cuantos participan en la actividad turística el facilitar esa legítima expansión. Antes era privilegio de las gentes acomodadas, de los que disponían de medios. Hoy, los conceptos han cambiado radicalmente. La política social inspira equiparaciones que llevan consigo la desaparición de los privilegios injustos.

Las explicaciones del ministro de Información sobre lo que se ha realizado en este último año de intensa dedicación, define claramente la magnitud de la obra acometida. Se ha dado nueva estructura al Ministerio, con la creación de la Subsecretaría y de las Direcciones Generales de Promoción y de Empresas y Actividades Turísticas. Se han puesto en marcha el Instituto de Estudios Turísticos y la Escuela que del mismo depende. Ha sido recientemente creada la Empresa Nacional, adscrita al Instituto Nacional de Industria, lo que será impulso decisivo para el aumento de establecimientos hoteleros. Se amplían de manera constante los albergues y paradores, que tanto admiran los extranjeros que vienen a España. Y se intensifica la propaganda para dar a conocer, en otras partes, la labor que se desarrolla.

También se refirió el ministro a la tarea fecunda que están realizando las Asambleas provinciales de turismo, consagradas a estudiar los principales aspectos de las respectivas regiones, sugiriendo propuestas y planes que serán, después, tenidas en cuenta por los organismos oficiales regidores del turismo nacional. En breve, se celebrará una Asamblea, de carácter general, para recoger el trabajo de las habidas en las distintas provincias. Como puede apreciarse, objetivamente, el impulso es de mucha trascendencia. Los resultados, francamente lisonjeros. Con la acción estatal colaboran las entidades privadas, en primer lugar los Centros de Iniciativa y Turismo, varios de los cuales fueron galardonados en la ceremonia de conmemoración de la festividad del Santo Patrono, el viajero incansable. Del nexo establecido, se deduce un entendimiento que se ha de traducir en hechos plenamente satisfactorios. En suma, se ha emprendido una política de turismo, ajustada al volumen y la importancia creciente que éste ha llegado a alcanzar en nuestra patria.

FRANCISCO CASARES